POÉTICAS DE LO DIVINO EN *POESÍA RELIGIOSA* DE LEOPOLDO DE LUIS

ANTONIO BARNÉS VÁZQUEZ
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Leopoldo de Luis publicó en 1969: *Poesía religiosa, Antología.* Se trata de una antología de poesía contemporánea de 586 páginas, que abarca el periodo que se extiende entre 1939 y 1964, los 25 primeros años del franquismo. De Luis había nacido en Córdoba en 1918 y tuvo una vida azarosa, que incluyó la prisión tras la Guerra Civil. Junto a su labor poética y los reconocimientos alcanzados en la última etapa de su vida (murió en 2005) destacó como antólogo. Además de la antología que nos ocupa, en 1965 dio a las prensas *Poesía social* (Alfaguara).

54 páginas dedica Leopoldo de Luis a la introducción de la antología de poesía religiosa. Buen conocedor de la lírica de la anterior centuria, Leopoldo de Luis desgrana las principales figuras poéticas del XX en relación con lo religioso. Comienza por Unamuno, Antonio Machado y Juan Ramón, y sigue por los poetas del 27 y del 36. Desemboca en los autores a quienes incluye en la antología, que son quienes publicaron a partir de 1939. En ellos se detiene, y nos muestra su variedad, su idiosincrasia. El crítico de *ABC* (2-X-1969: 54) escribió en su momento que este libro de De Luis era tan importante como innovador pues no se trataba del tradicional libro piadoso de tema litúrgico, sino un libro sobre la preocupación religiosa en la literatura de entonces. Esa actitud hacía discutible ciertas ausencias de poetas católicos, pero, por otro lado, resultaba mucho más fecunda.

Los 38 poetas antologados vivieron una época convulsa de la historia de España y de la Iglesia, desde la Guerra Civil (conflicto

ideológico en que la religión jugaba un papel relevante) y sus consecuencias, hasta el Concilio Vaticano II y la enorme crisis posterior.

¿Qué concepto de poesía religiosa anida en estos autores? Manuel Pinillos, uno de los poetas antologados, asegura que tal poesía no es necesariamente la que nombra a Dios de modo explícito, sino aquella que «muestra un lado de esa cara divina que tiene todo lo que existe» (Luis, 1969: 99), hallazgo que, según sus versos, precisa una ascesis, una salida de sí mismo:

¡Sácame
de mí, que soy la muerte, pues la muerte
es la única existencia que en mí sé!
¡Sácame de mí mismo, despachándome;
que acaso, simplemente, tú eres todo,
–tú eres lo otro que no está en mí mismo–
y solo con mirarlo seas nacido,
repartido allá fuera, claro como las cosas:
que basta con saber que están, y son,
y son ya, de una vez y para siempre! (Luis, 1969: 108).

Pese a lo dicho, en este poema, *Desde dentro,* Pinillos cita explícitamente a Dios, a quien le dirige los versos como oración.

José García Nieto explicita esa «cara divina» de la que habla Pinillos, al afirmar que Dios «resuena completo, aunque indescifrable y cambiante, en todo espacio interior, en cualquier situación elegida o impuesta: en el viento, en el amor, en la soledad y –¡de qué manera!– en el verso» (Luis, 1969: 83). Así lo piensa y así lo escribe. García Nieto descubre en el siguiente poema a Dios en una naturaleza esencial: agua, arena, bosque y viento.

QUÉ SOSIEGO...

Qué sosiego de pensar
que Dios vigila en las cosas;

que si ponemos los ojos
en el agua clara y honda,

nos devuelve la mirada
con su mirada remota;

que si ponemos la mano
sobre la arena, la forma
de su mano la caricia
de nuestra mano pregona;

que si perdemos los pasos
por el bosque, entre la sombra,

y la frente se acostumbra
dulcemente en lo que ignora,

nos trae la lengua del viento,
cantando desde las hojas,

palabras que Dios tenía
para decirnos a solas (Luis, 1969: 86-87).

Francisco Garfias recuerda la conocida sentencia de Dámaso Alonso sobre la esencia religiosa de toda poesía:

> Creo, con Dámaso Alonso, que «si la poesía no es religiosa no es poesía. Toda poesía (directísima o indirectísimamente) busca a Dios». Esta búsqueda es, en el verdadero poeta, un hecho natural, consecuencia última de su ahondar, de la acumulación de sus experiencias vitales y estéticas, de su propio desasosiego existencial (Luis, 1969: 255).

La poesía sería entonces búsqueda y se postula un desasosiego existencial en el que pueden confluir el «corazón inquieto» de San Agustín con las corrientes existencialistas contemporáneas. Pero si no solo cualquier materia interna o externa puede observarse *sub specie religionis,* sino que toda poesía es religiosa, entonces esta se convierte en el modo de expresión del *homo religiosus.* Lo concluye así Vicente Gaos:

> ¿Qué es «poesía religiosa»? En el fondo, toda. Porque, en el fondo, el hombre es un «animal religioso», y la poesía es el máximo acto de trascendencia y de

universalidad realizable por medio de la palabra. Aunque pueda parecer, y se haya dicho tantas veces, que la poesía es «subjetiva», su subjetividad es mucho menor que la de cualquier otro género literario. Poesía es objetividad, intemporalidad, investigación intuitiva de la verdad, exploración absoluta del hombre, más allá de cualquier «circunstancia» (Luis, 1969: 197).

Opinión compartida igualmente por José Luis Tejada:

Poesía y religión acaban por converger necesariamente para quien, como yo, cree, de una parte, en la religiosidad natural del hombre y de otra, en el trascendentalismo, también connatural, de la poesía[1] (Luis, 1969: 411).

Hemos iniciado nuestro recorrido preguntando a los poetas por su concepto de poesía religiosa y hemos arribado a la conclusión de que, para ellos, «poesía religiosa» es un pleonasmo, porque «toda poesía es religiosa». Llegados a este punto hemos de plantearnos qué idea de religión subyace en estos argumentos, pues parece que la religión ha subsumido toda búsqueda humana de trascendencia, inclusive la filosofía. ¿No sucederá que la filosofía se ha alejado del misterio y lo ha abandonado en manos de la poesía? Pero, ¿de qué Dios se está hablando? ¿Del motor inmóvil de los filósofos? ¿Del Dios de los cristianos? Las dos muestras poéticas vistas hasta ahora dialogan con Dios como un ser personal y comunicativo. Iremos comprobando que el tuteo con Dios que inaugura el cristianismo domina en estos poemas.

Rafael Montesinos avanza en las consecuencias que se derivan de identificar poesía con religión: si toda poesía es religiosa, poeta es sinónimo de profeta, y la poesía podría convertirse en «el refugio de la religión».

---

1 «Aparte de una religiosidad expresa en términos cristianos, la poesía de Tejada es profundamente religiosa en el sentido general de que va buscando constantemente la religación, la integración en un universo que siente o que reclama presidido por el amor, que es el Verbo, como se lee en este soneto de *Para andar conmigo:* EN EL PRINCIPIO Era el silencio y poseyó las cosas / pero antes era el Verbo y después era / el Verbo, el Verbo amor, de la primera / conjugación por boca de las rosas» (Pérez-Bustamante, 2002: 112).

La poesía será, en un futuro aún lejano, el refugio de la religión. Todo vendrá a ser como al principio; pero si los poetas –los profetas– olvidan su misión, la poesía habrá muerto, arrastrando en su caída todo lo demás (Luis, 1969: 231).

Alfonso Albalá escarba en la naturaleza religiosa de la poesía, porque, según él, su unidad mínima, la palabra humana, es religiosa.

No en vano en el principio fue y es siempre el Verbo, la Palabra. Ella nos asocia, nos religa al tú con tal fuerza que lo sobrepasa para religarnos de un modo absoluto a Dios. Dudo mucho que la poesía, en sí misma, pueda no ser otra cosa que religación –en el sentido zubiriano del término– del hombre o su palabra con el Verbo. La revelación al menos se nos da por la palabra, como el paisaje por la luz o el alma por el cuerpo. Decir, contar, cantar del hombre mientras la noche dura, y la esperanza, es religarlo personalmente –esto es: libremente– al Otro. Hacer camino en el Camino (Luis, 1969: 306).

Albalá se sitúa en coordenadas cristianas al partir del primer versículo del evangelio de Juan: «En un principio existía la Palabra», frase a la que el texto evangélico añade: «todo fue hecho a través de ella»; es decir, la palabra determina toda la creación. Una Palabra que está junto a Dios, que es Dios. La palabra humana, hija de la Palabra, de Dios, religa necesariamente al hombre con Él. De ahí que la poesía, altar de la palabra, sea religión, ligazón entre el hombre y Dios. Leamos «Oración por la armonía» de Albalá:

Te doy gracias, Señor, por la palabra:
con ella, el alma sigue siendo mía;
me diste Tu palabra, poco a poco,
mientras te daba yo mi última lágrima.

¿Poesía es la palabra? ¿Señalar
la huella de Dios sobre las cosas?
¿Poesía es el llanto de los hombres,
mientras la muerte viene a la antesala?

...Te doy gracias, Señor, por la palabra:
Tú me la has dado para seguir siendo,
para que sean también los demás hombres,
y sea el paisaje y la mujer amada.

Es el perfil de Tu obra, la palabra:
las cosas nos la ofrecen, como mano
izada, para señalarnos solo
su presencia. Ahí están, bajo hondos siglos.

Quizá el tacto de Dios tenga sus nombres.
Así, cuando al hogar, tras larga ausencia,
vuelve la madre. La palabra, acaso,
sea Tu larga mano entre las cosas.

Ella, como una esposa joven, viene
de vez en cuando hasta mis galerías,
lo pone todo en orden, y abre luego,
a la hora del sosiego, sus ventanas.

Ahora cae Tu chorro tibio al alma;
–ella, la muerte, mi esperanza, un verso–
se ordena este dolor, y pasa luego
como un río que vuelve a hallar su cauce.

Después te quedas Tú, como el rocío
cuando nace la luz detrás del bosque...
Tal vez estés Tú mismo en la palabra.
¿Por qué mueren los hombres y ella queda? (Luis, 1969: 309-310).

Concha Zardoya, en otro lugar, escribe que la palabra es ese «dios que nos domina y a quien el poeta sirve» (Sanz & Sanz, 2015: 367), esta vez Dios con minúscula. En María Elvira Lacaci la poesía se convierte en una «segunda religión», en un sacramento:

> La poesía para mí es una segunda religión; bastaría con explicar mis sentimientos poéticos para que los religiosos se hicieran patentes o viceversa. En los momentos en que por enfermedad no pude crear poesía,

sentía muy poco a Dios. También cuando mi alma sentía sobre sí el peso de la impureza, al crear un poema, se liberaba de ella, algo así como un nuevo sacramento (Luis, 1969: 557-558).

No podemos dejar de preguntarnos por el papel de la ausencia de fe o la duda en esta concepción omnicomprensiva de la poesía religiosa. Javier de Bengoechea sugiere que tal especie no es solo la que expresa entrega a Dios, sino incluso la que lo cuestiona, convirtiéndolo, sin embargo, en materia poética.

Yo entiendo por poesía religiosa aquella que, de alguna manera, reconoce, o se plantea, la realidad de la dependencia del hombre con respecto a un Creador. Creo que esta consideración del tema permite aceptar como poesía religiosa no solo aquella que, positivamente, admite y adora al Ser Supremo, sino también aquella otra que cuestiona acerca de la existencia de ese Ser Superior (Luis, 1969: 157).

Por esta vía de racionalismo poético, si podemos denominarlo así, Bengoechea alcanza también la consideración del carácter profundamente humano de la poesía religiosa:

Admitida la poesía religiosa en este sentido amplio, la misma se define como poesía profundamente humana en cuanto que refleja la reacción del poeta frente a la consideración que le merece la naturaleza de su esencia íntima de hombre, y sus ultimidades. Se trata, por lo tanto, no ya de una poesía intensamente humana, sino también de una poesía esencial en cuanto que nace de la misteriosa y última raíz del hombre, de su por qué en el mundo, y frente a la muerte (Luis, 1969: 158).

1. POESÍA-ORACIÓN

El poeta-profeta no solo escribe sobre Dios, sino que se dirige a Él, hace oración: «una de las muchas cosas que puede ser la poesía, y la más genuina de todas ellas, es oración» (Luis, 1969: 104), escribe Manuel Pinillos, y lo hace verso en «Desde dentro»:

Innumerables días, porque ahoga
la vida, inaguantablemente estéril,
porque el estar contigo es lo difícil
apenas creo en ti, Dios de lo justo.
Digo: «no es, no existe, no me entero;
pues no llega hasta mí». ¡Perdóname!
(Luis, 1969: 107).

Coincide en ello Luis López Anglada:

En cuanto a mis poemas de tema religioso, advierto que con ellos no he pretendido hacer apostolado ni predicación. Si acaso, me han servido alguna vez –cuando los viví– para orar (Luis, 1969: 184).

Otro ejemplo de esta poesía-oración es el siguiente soneto de López Anglada:

ORACIÓN PARA PEDIR LA LLUVIA

Por mi mano, Señor, tengo plantado
a la ladera del amor el huerto
y por cada simiente que has abierto
cien de temor al corazón me has dado.

Por mi huerto y mi casa estoy atado
y en mi trabajo ni a invitarte acierto.
Yo te ofrecí mi siembra; Tú has cubierto
mi tierra de preguntas y has callado.

La mano se endurece, se fatiga
el labrador y a tanto amor se obliga
que ni a seguirla el corazón alcanza.

Señor, Señor; tu cielo no responde.
La tierra es dura, el porvenir se esconde.
Si no me das sazón dame esperanza
(Luis, 1969: 190-191).

Sobre esta cuestión, el testimonio de Concha Zardoya es especialmente relevante, pues se confiesa no creyente; si bien, como Bécquer, cree en la eternidad de la poesía:

> Así, creo en la eternidad de la Poesía, no en su intemporalidad, porque está ligada a su aquí y a su ahora, a su realización, y porque –aplicándole unas palabras de Boecio– es «posesión total, simultánea y perfecta de una vida interminable». Creo en la trascendencia de la Poesía, por mucho que arranque de lo cercano y de lo cotidiano, porque su misión es, precisamente, salvarlo, superarlo, trascenderlo. Es humana y suprahumana, mundana y supramundana, sensible y suprasensible, real y suprarreal, existencial y trascendente, humanísima y abierta a lo Absoluto. Ya que, según Heidegger, la trascendencia es la superación del ente aislado hacia el mundo en general, hacia el ente en conjunto, hacia El Ser. ¿Hacia Dios? Acaso, más no me concierne (Luis, 1969: 118).

En el poema «Ciudad soñada», Zardoya expresa con clarividencia el ansia por un mundo armónico, y posee el formato de oración:

> Cuando, Señor, me beses con tu beso
> final –el de mi muerte–, sea llave
> tu beso de esa luz que aquí he soñado
> más allá de mí misma y de los hombres.
>
> Pise yo avenidas de hermosura
> y jardines sin odio ni tristeza.
> Vague mi alma dichosa por el reino
> donde todo revela su secreto.
>
> ¡No haya sombras allí ni crueles máscaras
> que oculten la verdad de cada vida!
> (¡Oh belleza real y no apariencia!
> ¡Oh la pura unidad integradora!).

¡No haya muros allí! ¡El cielo claro
sea arena sin cuerpo que sustente
esa bella ciudad que no es del mundo!
¡No haya torres, Señor! ¡Tan solo el aire!

(¿La has creado, mi Dios, en tus esferas?
¿Es la nube colmada de tu lluvia?
¿O es relámpago breve que entreveo
en un sueño de amor y de esperanza?).

Con tu beso final cruce la puerta
de esa inmensa ciudad que te rodea.
¡Vea yo, sin mis ojos, la armonía
que he buscado en la tierra inútilmente!
(Luis, 1969: 124-125).

Es difícil pensar que la identificación de la poesía con la religión y del poeta con el profeta no posea una raíz romántica, que en tiempos modernos ha hecho revivir en cierto modo la consideración del quehacer poético como tarea divina. Es la sublimación de la poesía operada por el romanticismo, a la que, como expresión cultural, se le transfieren rasgos atribuidos tradicionalmente a la gracia divina (Bueno, 1991). En esta línea se expresa Juan Ruiz Peña: «es la poesía el instrumento mejor para descifrar el silencio de la Divinidad. La poesía es una especie de redención de la vida» (Luis, 1969: 129). En el siguiente poema de Ruiz Peña se trasluce la sintonía entre el poeta y Dios:

ORACIÓN

La catedral erguida,
la sombra de los álamos,
y mi pensar.
Era la tarde un resplandor rosado.

Mi corazón oía
tu palpitar lejano.

Azul y vivido,
un lucero brillaba solitario.
Hablaba tu silencio.
Quería yo escucharlo,
y contemplaba
por la atmósfera el vuelo de los pájaros.

Si eres luz de ti mismo
y en tu fulgor soy rayo,
¡vibre, Señor,
mi pensamiento en todo lo creado!
(Luis, 1969: 133).

La poesía es vía de conocimiento, no solo expansión del sentimiento, ni evasión, ni goce estético, de modo que hace posible superar el muro kantiano ante una razón que tenía vetado el acceso al noúmeno, «el objeto del conocimiento racional puro, en oposición al fenómeno, objeto del conocimiento sensible» (DRAE, 23 edición). Prosigue Ruiz Peña:

> Concibo a la poesía como una necesidad irremediable del alma, como un don fatídico, como un arco iris alzado entre el sueño y lo real, como una donación al prójimo, como una forma de amor, y esto explica al identificarse con la Divinidad, la supremacía lírica de un San Juan de la Cruz o de un Antonio Machado (Luis, 1969: 130).

El valor cognoscitivo de la poesía se amplía con una dimensión amorosa, y se identifica el encuentro con Dios o su búsqueda con el summum lírico. Manuel Pinillos conecta igualmente poesía, amor y Dios:

> Hacer poesía, como, por supuesto, orar, es buscar vida: es llegar a tocar con los dedos del corazón, que otros muchos latidos, otros muchos corazones, están dando la hora del amor universal –que lleva al Dios que con su amor nos ha dado forma y conseguimiento eternizándonos en el fondo de su propia eternidad– (Luis, 1969: 98).

2. CARÁCTER EXISTENCIAL

José Luis Tejada considera la autenticidad piedra de toque de la poesía religiosa:

> En la [poesía] religiosa, cualquier salmo o reproche, cualquier cántico o grito que no responda a una urgencia honda y cordial nos denuncia en seguida lo falso de su timbre. Por eso, la más auténtica poesía religiosa de hoy no es casi nunca la más conformista ni la más ortodoxa (Luis, 1969: 414).

Para Martín Descalzo, esa autenticidad radica no tanto en el tema sino en el «cómo» se aborda, y en el «no sé qué que quedan balbuciendo»:

> Con todo esto creo que ya está dicho que la poesía religiosa no se diferencia de la profana en el «qué», sino en el «cómo». Un poema a la Asunción de María puede ser radicalmente profano (o «profanado»). Una canción de amor o de muerte pueden conducirnos a esa hondura radical que es lo religioso. Yo diría que San Juan de la Cruz dio la definición perfecta de lo indefinible de la poesía religiosa cuando señaló que conocía el paso de Dios por las cosas –o por los versos, digamos nosotros– por «un no sé qué que quedan balbuciendo». Ese «no sé qué» me parece lo substancial del acto poético religioso (Luis, 1969: 482-483).

No pocos poetas conectan la poesía religiosa con un desgarro existencial. Así, Manuel Mantero:

> [...] entiendo la poesía (sin adjetivos) como un gran desasosiego interior, como una frecuentación de la problemática del destino del hombre, como un atajo (o rodeo) para llegar a Dios. [...] Pero la poesía, si es algo, es eso: vinculación con Dios, preocupación hacia Dios: todo está, expresa o tácitamente, comprendido en esa inquietud (Luis, 1969: 468-469).

Las palabras de estos poetas muestran una poesía religiosa comprometida, existencial, nacida de la conciencia del límite y aún del mal. María Elvira Lacaci (Luis, 1969: 555) escribe:

A mi modo de ver, la poesía religiosa recoge las inquietudes de quien siente demasiado pequeña la capacidad de entrega y de comprensión de los seres humanos, y sobre todo su fragilidad y hasta su miseria.

«En esto de la poesía religiosa, de la religiosidad, va implícito el problema del hombre que uno sea» (Luis, 1969: 63), escribe Ramón de Garciasol. Y José Luis Prado Nogueira argumenta:

Toda la actitud religiosa de mi poesía proviene de un asombro que aún no he logrado superar: el de existir. No hablo de mi existencia, la cual es posible a partir de una Existencia. No hablo tampoco de la materia orgánica, que ya soy yo. Ni de la materia inerte –o aparentemente inerte–, cuya involución soy capaz de digerir. Hablo de la energía, de la simple energía. El es así me resulta mucho más abstruso que el misterio. Si mis nervios pudieran aceptar el es así, sería ateo. Pero cada vez que viajo hacia la Causa, me derrite los nervios intentar comprender la energía pre-existente. Prefiero admitir el límite de mi facultad de entendimiento. Ese límite diría que es mi Dios; un triste Dios, como verás (Luis, 1969: 171-172).

A menudo los poetas antologados relacionan la poesía religiosa con el dolor humano en sus más diversos matices. Ramón de Garciasol habla de dolorosa perplejidad:

Ni nos nacemos ni nos morimos, sin podernos negar a nacer o a morir. De ambos hechos –en el entre paréntesis la vida de cada cual– arranca una dolorosa perplejidad. Y de este dolor se nutre el cántico: el deseo de religarse al origen, la necesidad de estar seguro, en alguna medida (Luis, 1969: 63).

De desgarradura:

Mi religiosidad –mi atadura al origen, mi dependencia de un final que desconozco, predicado como comienzo de la verdadera vida–, mi búsqueda de seguridad y encaje históricos, nace de no saber y de aspirar al entendimiento amoroso: de una desgarradura (Luis, 1969: 64).

Y de limitación:

Yo necesito que haya Dios –la razón suprema– para comprender lo que ahora no entiendo, lo que no logro decir por incapacidad o por imposibilidades antinaturales. Y de ese querer y no poder injustificados, de la necesidad de alumbramiento mana mi canto. Es decir: de una limitación: dolor, amor, soledad. Y ya sabes: «quien habla solo espera hablar a Dios un día» (Luis, 1969: 69).

Ese combate interior lo vemos en el siguiente soneto de Garciasol:

GRAVE COSA ES VIVIR

Grave cosa, vivir. Señor. Tan grave,
que tengo que venir esta mañana
a dar mis explosiones: tengo gana
de estar del otro lado, con la llave

de tanta desazón derribadora
de la tierna alegría entre los dientes
fundando bajo tierra las simientes.
Señor, sentiste en cruz llegar la hora

de quejarte del Padre y su abandono,
y eras Hijo de Dios, Luz encarnada
y Fuente redentora. Soy abono

yo, Señor, de mi tiempo de cizaña.
Con la palabra en cruz estoy, y nada
alumbra explicación de tanta saña
(Luis, 1969: 72).

Francisco Garfias intensifica el dolor en agonía y angustia:

Ahora el dogma es, en muchos casos, agonía y angustia y, siempre, turbadora sustancia que pone en lo lírico un trallazo inesperado y ardiente. De Unamuno hasta los más jóvenes, la poesía religiosa ha perdido en sosiego

lo que ha ganado en tensión desesperada. El dolor del mundo la ha ido desnudando hasta dejarla en una sola interrogación apremiante. La emoción es, pues, menos sacral pero más intensa y humana (Luis, 1969: 256).

El dolor, según Manuel Pinillos, (Luis, 1969: 99)[2] puede conectarse sin dificultad con el llamado «silencio de Dios»:

Puede, entonces, ser poesía religiosa la que, dolorida por el aparente silencio de Dios, grita y lanza denuestos a ese silencio; porque oyendo el improperio en voz alta se puede confluir hacia Dios por aquel furioso decir, por aquel revolverse contra lo que parece un abandono.

Un silencio que, paradójicamente, no es incompatible con una mayor presencia en la prosa y el verso de Jesús Tomé:

Me preocupa el silencio de Dios frente a las cosas «extrañas» que pasan siempre en el mundo, pero que son más terribles en esta hora, porque parece como si Dios no la hubiese contado y Él adoptase una actitud de mayor reserva y silencio. Pero la verdad es que Dios está más cerca. Tanto, que obsesiona a los grandes pensadores. Sucede lo de la Sagrada Escritura: «Señor, espántalos de terror para que sepan las gentes que son hombres», y «Aparta, Señor, tus ojos para que me sea posible respirar» (Luis, 1969: 399).

---

2 «Con el segundo libro, *Demasiados ángeles*, [Manuel Pinillos] inauguró la colección de poesía de su propia revista *Ámbito*, aunque resultó ser la única entrega. Esta vez, el autor manifiesta una revuelta contra el mismo Dios al que en su primer libro cantaba con calidez, ya que, ante las circunstancias históricas y sociales, se lo figura como un observador distante que no participa en los problemas del hombre: «Nos has hecho, Señor, para este barro: / ¡perdona si no anhelo ir a tu nube!» (ibíd., 82). Así se explica que Pinillos introduzca aquí cierto componente social en sus versos –«¡Yo me alzo en un grito! / ¡Yo no quiero ser dulce! / ¡Yo soy grito, soy lucha; / no un negarme, un huir!» (ibíd., 68)–, que ni mucho menos deja a un lado su constante entreveramiento temático de amor, entrega, muerte y misterio, donde logra intuir momentos plenos que trascienden el tiempo: «qué grande aquel instante, que vale por los siglos, / de confundirse nuevo, muerto, aún relampagueante, / inmenso palpitar pidiendo libre paso» (Ibíd., 75)» (Pino, 2020: 115).

SIEMPRE ESTAMOS DE VUELTA

Siempre estamos de vuelta, y regresamos
tristes, como si nadie
nos esperará en el umbral del sueño.

Es destino del hombre: –caminante
que viene de una soledad y, a solas,
camina hacia otra soledad más grande.

Solo Dios nos espera. El solo puede
saciar la sed de un corazón sin nadie.

3. DUDA

La duda sobre Dios forma parte del combate de la fe. Es el caso de Ramón de Garciasol: «Mi fe es de duda, porque vivo mi pequeñez y padezco mi lucha por salvarla. Mas creo que duda es otra definición del hombre despierto» (Luis, 1969: 65). O de Jacinto López Gorgé, quien glosa el Dios entre la niebla machadiano:

> La religiosidad de mi poesía viene, pues, determinada por aquello que alguien llamó «agobio de lo divino». El poeta –irrenunciablemente religioso– siempre estuvo –aunque no lo confesara– a la búsqueda de Dios. Duda a veces de la existencia divina. Pero no puede pasar sin ella. Y la siente opresivamente, entre dudas y luchas interiores (Luis, 1969: 346).

Dios entre la niebla

«Siempre buscando a Dios
entre la niebla».
A. MACHADO

...Y yo buscando a Dios tantas mañanas,
perdido entre la niebla...

Y yo buscando la amplitud del limpio
misterio de las cosas
que mis abiertos ojos no entendían...

Y solo hallaba amor.

Las cosas eran luz, amor dulcísimo
brotando a cada paso.
Y era amor la quietud de la mañana
besándome en los ojos.
Y era amor el crujido de la hierba
que mis pasos herían.
Y era amor el silencio y el murmullo,
el pájaro, la piedra,
la soledad, la gota de rocío,
que en la niebla brillaban levemente...

Y era un grito angustiado
esta duda constante que yo llevo
despierta entre los ojos,
esta duda constante que destrenza
el duro pensamiento...

Y así, buscando a Dios, buscando, amando
la flor, la amanecida, aquella estrella
que traiciona a la noche...,
solo he encontrado amor.

Y aunque la angustia vuelve, sigo, sigo
buscando y encontrando amor –¡Dios mismo
vertido en sus criaturas!...–.

...Y así siempre...
...Y así siempre, buscando...
(Luis, 1969: 349-350).

El estado de duda puede provocar una paradójica religiosidad sin Dios. Escribe José Hierro (Luis, 1969: 268):

> Tal vez en esa lucha entre el momento fugitivo que nos mide la vida, y la eternidad apetecida; en la resistencia a morir, a desaparecer, borrarse, no ser, está la oscura manifestación de mi religiosidad. Porque querer ser inmortal es necesitar a Dios, es pedirlo mansamente, sin atreverse siquiera a hablarle, por si se habla al vacío. Mi poesía tal vez sea de una religiosidad a la que le falta Dios, que espera ocultándoselo que sea Dios quien dé el primer paso que a mí me impide dar la razón. Y nadie piense que se trata de una ridícula soberbia, ni de una razón totalmente razonable. Por el contrario es el desconcierto de quien no tiene la mente muy clara ni muy claro el corazón, en esto como en otras muchas cosas.

4. TIPOS

El corpus teórico de los poetas antologados permite clasificar la poesía religiosa en diversos tipos:

- Imprecatoria.
- De ruego.
- En alabanza de lo creado[3].
- En alabanza del Creador.
- De afirmación.
- De duda.
- De añoranza[4].

---

3 Manuel Pinillos (Luis, 1969: 101): Para mí, la poesía religiosa abarca un amplio terreno. Además de la imprecatoria y la de ruego, antes consideradas, puede ser sencillamente la que se escribe en alabanza a un nuevo día que adviene, a un momento de fusión con la Tierra y su contenido: seres, cosas, sufrimientos y alegrías que afluyen de lo creado y en torno a lo creado.

4 Javier de Bengoechea (Luis, 1969: 157): Así, dentro de la poesía religiosa, tendríamos una poesía de afirmación, otra de duda, otra de añoranza, otra incluso de imprecación. Con lo cual, y aun excluyendo la poesía de negación (a mí me parece imposible admitir como poesía religiosa la que niega toda realidad a la religiosidad) el panorama de la poesía

- Búsqueda de sentido[5].
- Rebelde[6].
- Paisajística, amorosa o social[7].
- Piadosa / intimista[8].
- Sentimental.
- Conceptual.
- Apologética[9].

---

religiosa se abre a una riqueza y variedad muy superiores a las que se obtendrían si únicamente se considerara poesía religiosa a la poesía alabante del Ser Supremo.

5 Carlos Bousoño (Luis, 1969: 291): Creo que toda mi poesía, aun aquella zona de ella más aparentemente lejos de la idea de Dios, se halla traspasada por la emoción de lo trascendente, y en consecuencia, de algún modo, esa poesía podría, sin impropiedad, ser calificada de «religiosa». Religiosa en un sentido amplio, ciertamente, ya que después de mi primer libro, *Subida al Amor*, lo que fundamentalmente cantan mis versos es precisamente la desolación humana ante el hueco atroz que es el mundo cuando éste no se halla justificado por una Providencia que lo pueda salvar del anonadamiento y otorgar sentido en su actualidad.

6 Julio Mariscal Montes (Luis, 1969: 358): Semejantes presupuestos son también –cree uno– indispensables en la poesía religiosa, en la que Dios, o su necesidad, o su vacío, incluso su ausencia, se hacen destinatarios del mensaje, se colocan en un extremo de la realidad objetiva en el otro de los cuales está el poeta, asido a su posición estrictamente humana, que le pide o le reclama, le reza o le grita. Estas segundas actitudes rebeldes son, por cierto, las que, de algún tiempo a esta parte, han terminado por imponerse, tal vez, por un desajuste en los contornos de las estructuras de lo divino y de lo humano.

7 José Luis Tejada (Luis, 1969: 412): Solo con enunciar ese deseo («que tu nombre sea santificado»), estamos ya, al menos parcialmente, realizándolo; estamos haciendo ya labor de poeta. Pero a Dios se le puede alabar y amar también en sus criaturas; en este sentido, la mera poesía paisajística y, desde luego la amorosa o la social, pueden ser consideradas como simples preámbulos para una futura poesía religiosa... mientras se afina el instrumento, el verso.

8 José Luis Tejada (Luis, 1969: 412): Dentro de la poesía de tema religioso yo distingo (y la descarto por interesarme mucho menos) la que podría llamarse «poesía devota», si no «piadosa», circunstanciada a una anécdota plástica, advocacional o argumental, a una imagen de Cristo, a una leyenda, a un nombre de la Virgen, la distingo, repito, de la verdadera poesía religiosa, intimista, de hondas raíces ascéticas o místicas, en las que el hombre-poeta, habla con Dios desde su fe, o incluso se encara, desde la duda, con su ausencia. Caben aquí todos los grados, desde la credulidad más sumisa hasta el más rebelde escepticismo.

9 José Luis Martín Descalzo (Luis, 1969: 483): Toda poesía religiosa deberá esquivar, entonces, una serie de peligros: la sentimentalización (que degradaría el acto religioso, serio por su propia naturaleza); el conceptualismo retórico (que elevaría esa seriedad a sequedad); el apologetismo (que convertiría a la poesía en predicación bienintencionada pero poéticamente nula).

5. EL LENGUAJE DE LA POESÍA RELIGIOSA

El nuevo lenguaje poético contemporáneo ha afectado también a la poesía religiosa. Según Francisco Garfias, tal lenguaje «se ha hecho más humano, directo y entrañado; la comunicación más apasionada y el sentimiento más en consonancia con las preocupaciones del mundo» (Luis, 1969: 256). Para este poeta, «los aires del Evangelio están sin duda mucho más cerca de la poética actual que el mundo profético y nebuloso del Antiguo Testamento» (Luis, 1969: 256).

Víctor Manuel Arbeloa comparte este punto de vista en prosa y verso:

> A una poesía, llamada religiosa que habla «en pura jerga todavía», va sustituyendo una poesía mucho más humanizada, sencilla y honesta, encarnada en el tiempo y en el espacio, de carne y hueso, mucho más cercana también del Dios cristiano, porque está mucho más cercana del hombre. Poesía social más que panteísta, comprometida más que pura, «cristiana anónima» a veces, más que religiosa sin más. Dios se hizo hombre y no rosa, mar o estrella, ni amor abstracto ni belleza universal. La Palabra y el Poema de Dios se hizo verso con rima y ritmo humanos. Verso de alegría y de llanto, de temor y de esperanza (Luis, 1969: 572-573).

DEJAD AL NIÑO QUIETO...

Alejaos...
Dejad al niño quieto
sobre el establo...

Tanta ternura y mentira,
¡todo eso al diablo!
Dejad al niño quieto
sobre el establo...

Alejaos...
que al niño no le gusta
tanto regalo
que no quiere la Virgen.
dinero falso...

Dejadlo
que está bien
sobre el establo...
(Luis, 1969: 582).

Alfonso Canales, sin embargo, alerta de una excesiva llaneza:

> [...] no se debe renunciar al cuidado del lenguaje, en aras a una llaneza que no llevará siempre como correlato el incremento de lectores, y que, por otra parte, significará, muchas veces, más insinceridad que abdicación (Luis, 1969: 318).

6. ALGUNAS CONCLUSIONES

La antología de Leopoldo de Luis constituye una muestra reducida pero significativa. Los poetas antologados poseen una concepción maximalista de la poesía religiosa. No la perciben como *rara avis,* ni dan por descontado el retroceso de lo divino en el quehacer poético. Conectan tal poesía con las entretelas existenciales del hombre y distinguen una abundante variedad de expresiones. Este análisis no se compadece con la secularización creciente que se postula como alejamiento u olvido de Dios. Ciertamente no estamos ante una poesía confesional ni ante el versificar en el contexto de una tradición. Cada poeta posee su propio lenguaje, pero llamativamente coinciden en muchos puntos aun cuando cada uno haya respondido al antólogo desde su trinchera vital y poética[10].

10 Para Navarro, (2019: 454) el sentimiento religioso de Leopoldo de Luis es una reacción ante la vida: «Tras el éxito de la antología de la *Poesía social española contemporánea,*

Los poetas abordados aquí, cuya evolución en lo referente a la poesía religiosa merece otro estudio, pertenecen a los dos primeros tercios del siglo XX, poco antes del cese del franquismo y comienzo de la democracia. Sería interesante analizar la situación en el fin del siglo XX y comienzos del XXI, para comprobar qué ha sucedido tras los profundos cambios sociales y espirituales de España.

---

prepara, también en Alfaguara, una *Antología de poesía religiosa,* cuyo prólogo es uno de los documentos más esclarecedores para comprender el sentido que Leopoldo de Luis da a la palabra *Dios.* Debe tenerse en cuenta que dicha antología se publicó por primera vez en 1969 y que, por tanto, las tesis ahí propuestas deben considerarse conclusiones de un largo proceso de reflexión que desde antes de 1954 estaba teniendo lugar. Si en los años setenta, o más tarde, vuelve a cambiar de opinión y su postura ya es otra, habría que interpretarlo como la adaptación natural del hombre y del poeta a su tiempo». [La página de la cita corresponde a la tesis, del mismo título, de 2015].

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BUENO, G. (1991), «El reino de la Cultura y el reino de la Gracia», *El Basilisco*, 7, pp. 53-56.

LUIS, L. DE (1969), *Poesía religiosa*, Madrid, Alfaguara.

NAVARRO VIGUERA, V. (2019), *El pensamiento poético de Leopoldo de Luis*, Universidad de Córdoba, UCO Press. Editorial de la Universidad de Córdoba: Universidad de Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla.

PÉREZ-BUSTAMANTE MOURIER, A-S. (2002), *La poesía de José Luis Tejada (1927-1988): Crónica de una rareza y perfil de una razón*, Universidad de Cádiz, Servicio de Publicaciones.

PINO PERALES, J. DEL (2020), «Manuel Pinillos, poeta de la O. P. I. -Niké», en *Philologia* hispalensis, Vol. 34, 2, pp. 109-131.

SANZ MARCO, C., & SANZ, E. (2015). «La poesía de Concha Zardoya: una aproximación en el centenario de su nacimiento», *La enseñanza del español en el contexto de las artes y la cultura: actas del XLIX Congreso Internacional de la Asociación Europea de Profesores de Español (AEPE)*, Ávila, Asociación Europea de Profesores de Español (AEPE), pp. 361-374.